

Bio-Cosmos No. 1, por Emilio J. Renart,
de Argentina

EL ARTE DE LAS COSAS

RAFAEL SQUIRRU

HACE UN TIEMPO inventé un juego que consistía en hacer regalos imaginarios a mis amigos de los más disparatados objetos que veía en las vidrieras. Por lo general, los objetos elegidos no eran nunca los que estaban en venta. Alguna planta exótica destinada a la decoración, algún aparato de corte ortopédico y de vez en cuando las personas que detrás del escaparate por alguna indefinible característica excitaban mi humor o mi sentido del absurdo.

Al encarar hoy un estudio sobre el arte de las cosas, no puedo sustraerme a aquellos recuerdos. Me resulta evidente que sin saberlo estaba yo realizando cosas y *happenings* a mi modo.

La crítica puede encararse de dos maneras. Ya dejándose librada al mismo espíritu que me hacía elegir objetos en las vidrieras, o bien sometiéndose al juego dialéctico de una explicación.

Aunque tentado por la primera posibilidad, la que sin duda colocaría al lector en el espíritu del arte de las cosas, prefiero la disciplina de la segunda en el deseo de brindar algunas reflexiones que con pretensión humilde propongan un ángulo nuevo desde el cual la actitud observadora obtenga mejores frutos. Pero quede como advertencia que el método explicativo en lo referente al arte tiene límites muy precisos. El arte nunca se explica y es arte en la medida en que no se explica. Lo que no impide que exis-

tan dentro de la actividad artística elementos explicables o que, como dije anteriormente, pueda enriquecerse el ángulo de visión del contemplador.

Escuchar la palabra de los propios interesados en el proceso de gestación confirma estos asertos. Buen ejemplo, las entrevistas a los *pop artists* norteamericanos. Los más coherentes son los que menos dicen o quienes hablan la cháchara infernal del plástico hecha a base de disquisiciones sobre forma, color, espacio, movimiento, etc.

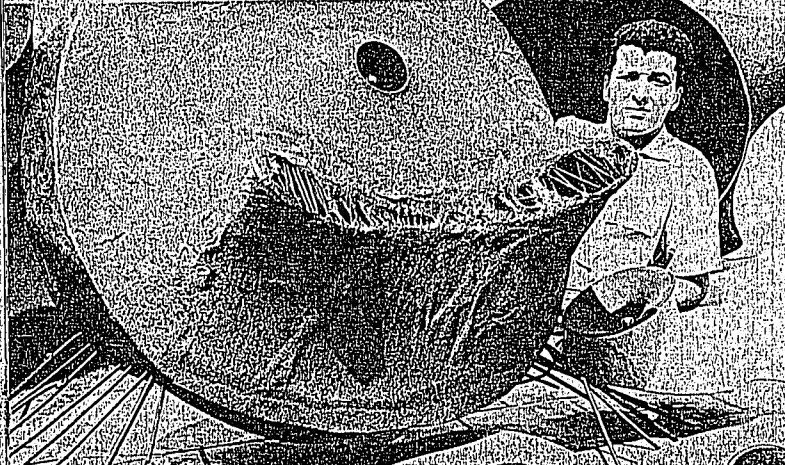
Quisiera señalar, como prólogo, una diferencia que parece caracterizar la actitud de estos artistas en uno y otro lado del continente. Mientras en América Latina el acento recae sobre problemas extra estéticos, comentando situaciones sociales y aún políticas, en los Estados Unidos el acento está sobre los mismos objetos aceptados como una realidad de la que se forma parte y a la que se quiere incorporar dándole el sello mágico del arte.

Lo mágico juega un papel fundamental en el arte de las cosas; ya sea la magicidad del objeto o la de las palabras que a menudo asoman en muchas de las obras. El juego de dotar de magia a los aspectos más triviales de la realidad tiene un profundo sentido ríligante, de donde nace la palabra "religioso". Detrás de esta actitud debe verse un intento de sacralizar lo cotidiano, el presente, el aquí y ahora, actitud de neto carácter existencialista. El *happening*, evento, improvisación de hechos, donde lo visual juega su papel en una especie de acaecer semi-fortuito, lleva esta preocupación a su forma más aguda.

El artista siempre ha tenido mucho de brujo; en las tribus primitivas el papel está a menudo identificado. Este brujo actual siente que se le ha escapado el control de objetos y palabras y busca desesperadamente volver a darles su condición empática para que la vida humana no pierda su misterio, el misterio que la rodea. Es importante mantener en cuenta este aspecto del arte de las cosas cuyo sentido es metafísico en la más literal de las acepciones. Poco importa que el artista sea o no consciente de esta preocupación. Si importa recordar que el artista es proyección del inconsciente colectivo o intérprete de sus añoranzas. Y no debe extrañarnos que una colectividad que se ha enajenado de sí misma a través de las cosas busque recapturarlas por medio de sus artistas para recobrar así esa comunión con su ser más profundo, esto es, con su misterio.

Entrevisto el mundo de reflexiones que nace desde tal enfoque, veremos el grado de despiste en torno a este arte por parte del mayor número de sus críticos.

Bio-Cosmos No. 2, por Emilio J. Renart



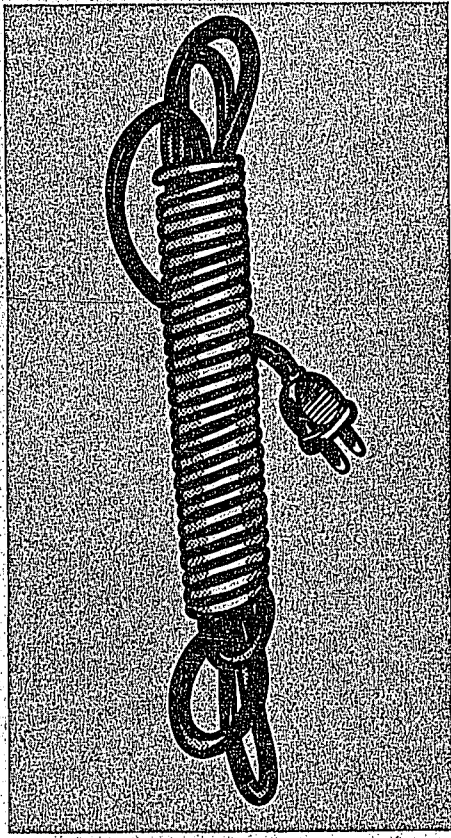
Todo arte que merezca el nombre de tal lleva su ingrediente místico y no deja de ser curioso, y hasta paradójico, ver cómo los objetos de la más crasa realidad, simbólicos del más craso materialismo, buscan su reintegración con el hombre a través de esta parábola que describe el arte de las cosas. En síntesis, al hombre cosificado debía seguir, como lógica consecuencia, la cosa humanizada.

Algunas consideraciones semánticas

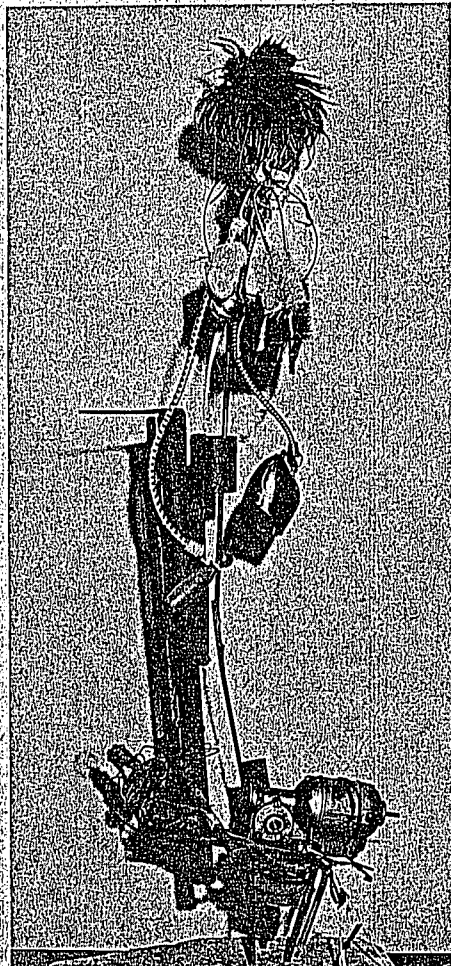
Lo que en los Estados Unidos ha dado en llamarse *pop art* y en Europa "el arte de los objetos", encuentra cultores entre países de la América Latina con el nombre de "arte de las cosas". Esta denominación última representa cierta ventaja sobre el término *pop*, que apunta a la raíz popular del movimiento norteamericano, y respecto de "arte de los objetos", que señala el aspecto exterior en cuanto objetividad de la realidad expresada. Si bien es cierto que en determinados aspectos el arte al que hacemos referencia tiene, particularmente en los Estados Unidos, una deuda grande para con la imaginería popular, ya sea a través de los *comics* o de los avisos de propaganda comercial, considero una sobresimplificación limitar a esas raíces los alcances de este arte. Además de lo popular existen otros elementos que deben ser tenidos en cuenta y que proporcionan un ángulo que utiliza lo popular como excusa de algo más profundo que se quiere decir. Estaría equivocado quien creyese que los *pop artists* parten de lo popular como búsqueda estética; lo utilizan como referencia capaz de proporcionar símbolos actuales de fácil comprensión para un público que visualmente está condicionado a través de ese tipo de imágenes.

La palabra "objeto", utilizada principalmente en Francia, es menos feliz todavía. No concuerda con la actitud contemporánea que incorpora el objeto al quehacer artístico con miras a eliminarlo como tal. Se trata más bien de una actitud afin al budismo Zen, filosofía en la cual, como se sabe, lo que se pretende es precisamente eliminar la dualidad objeto-sujeto creando un estado de comunión entre el uno y el otro mediante el cual ambos se insertan en un proceso de integración metafísica. La denominación de "cosas" o de "arte de las cosas" lleva esta doble carga de objetividad y de subjetividad. Las cosas están fuera de nosotros, pero también decimos que nos pasan cosas, o sea que las cosas están también dentro de nosotros, esto es, las cosas que nos pasan. Por ello encuentro que la denominación de "arte de las cosas" es doblemente feliz.

Hacer un análisis global del movimiento al que nos estamos refiriendo es tarea difícil. Si lo contemplamos desde un punto de vista estrictamente formal veremos que estas manifestaciones se extienden desde las expresiones más tradicionales, pictóricas y escultóricas, hasta experiencias visuales estéticamente inéditas, como lo supone la utilización de los objetos del mundo cotidiano, la chatarra de la chatarra, y en algunas instancias el añadido del movimiento, de la presencia humana, llevado todo esto hasta sus últimas consecuencias. (Los *pop artists* llaman un *happening* a la presentación artística que dura una o dos



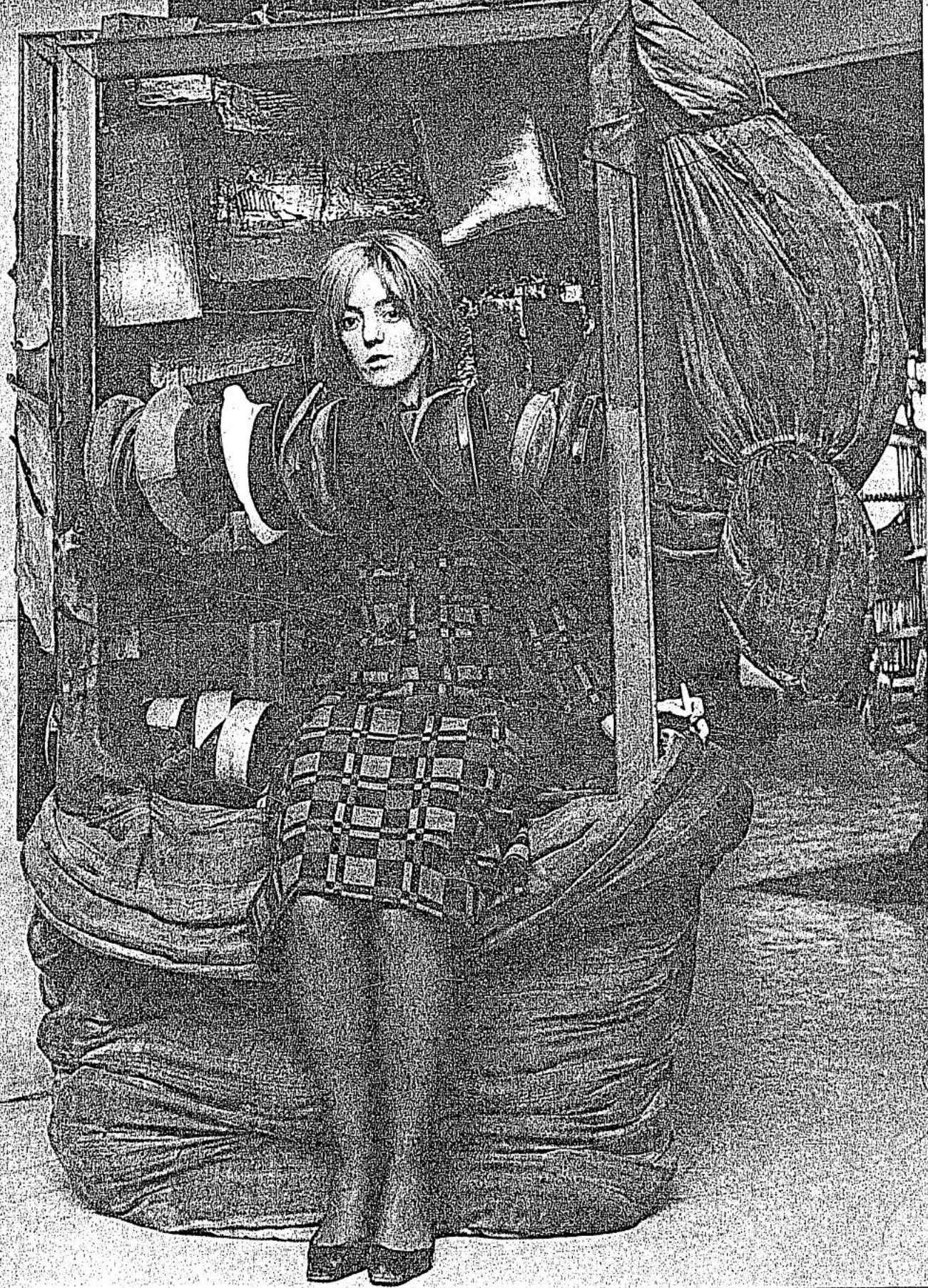
Artefacto eléctrico, cuadro de Roy Lichtenstein de los EE.UU. Abajo: máquina motorizada hecha de fragmentos de metal por Jean Tinguely, de Suiza, 1961



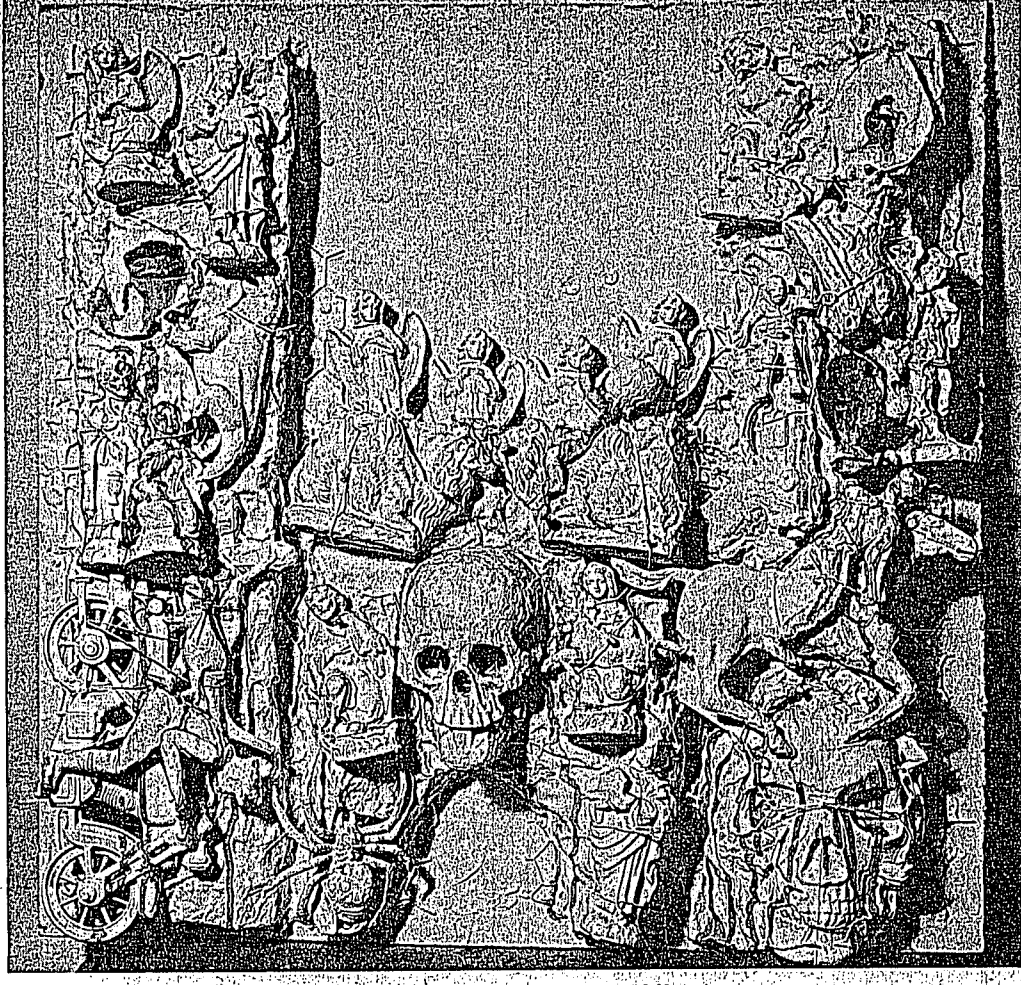
horas y que incluye, con efectos visuales, el uso de movimiento, luces cambiantes, voces y música grabadas y personas vivientes, en combinaciones, entendidas sólo como experiencias de la percepción y no como relatos o dramas.) Los más absurdos excesos no nos deben indignar ni hacer perder nuestra compostura como estudiosos del arte. Después de todo, bien dice Blake: "El camino de los excesos conduce al palacio de la sabiduría", y es difícil pensar en mayor exceso que la desafortunada actitud de un Alberto Greco, *enfant terrible* de este movimiento, quien ya arrebatado y poseso coloca cartelitos a los transeúntes enviándolos en estado químicamente puro como piezas de exposición a la exposición misma. Se trata de un arte del que podemos decir que el público se transforma en *objet d'art* y al arte se lo lleva puesto. Este absurdo no lo es tanto cuando recuerdo la exposición que tuvo lugar en Buenos Aires titulada "El Hombre antes del Hombre" y en la cual se presentó un vendedor de plumeros llevando su mercancía al hombro. Costaba creer que el insólito visitante no formase parte del muestrario.

Descartada, pues, la clasificación formal, quiero decir, la que posibilite reunir a todos estos artistas por las técnicas empleadas, dado que la diversidad de las mismas no tiene precedentes en la historia del arte, menester será trazar un nuevo círculo. Dentro del mismo han de caber desde las pinturas de Lichtenstein, como su retrato Cézanne, reminisciente de Léger, hasta los monstruos de Renart, los cajones de Marta Minujín, las máquinas enloquecidas de Tinguely y los puestos de tiro de Niki de Saint Phalle en que el espectador contribuye a la obra tirando con un rifle hasta dar en bolsitas de color giratorias que salpican elefantiásicas construcciones blancas donde se mezclan altares con tortas de boda. Involucrados tan disímiles productos será imposible someter la línea a consideraciones formalistas. Dado que el movimiento existe, nuestra tarea deberá enfocar el proceso desde otro punto de vista menos kantiano, menos riguroso, si se quiere; pero el único posible.

El nexo de unión habremos de buscarlo en la *actitud* que une a los integrantes de esta iconoclasta promoción del quehacer visual. Algunos rasgos saltan a primera vista sin mucho escarbar. Ellos son, a mi entender, la burla, la irreverencia y el humor. Se trata de una gran carcajada cósmica de la que estamos obligados a participar quienes hayamos visto funcionar una máquina de Tinguely revoleando zorros viejos y calcetines. Placer de medir la feroz gracia de los yesos de Delia Puzovio arrancados a los enfermos de los hospitales por una hermana enfermera (posiblemente antes de que las fracturas se hubiesen sanado), para construir con ellos sus cochecitos de miembros destartados o las piernas ortopédicas sobre el cajón de lustrar botines. Éxtasis frente al humor negro de los cajones poblados de gorras y cartucheras con que Marta Minujín agredió al público *porteño*, o las infinitas instancias de agresión pública a que se ven sometidos los neoyorquinos con los *hamburgers* gigantes de Oldenburg o las familias chocantes de la venezolana Marisol Escobar. Quienes hayan paseado, en síntesis, su curiosidad o su paso incauto por todas estas manifestaciones con una sensibilidad despierta, habrán podido



Marta Minujín en su Cementario de gorras, en la exposición "El hombre antes del hombre", Museo de Arte Moderno, Buenos Aires



Construcción sin nombre, por Niki de Saint Phalle, de Francia, 1963.

medir un deseo inequívoco de golpear al espectador. Falta ahora preguntarse: ¿golpearlo por qué y para qué?

Aprender riendo

Ya los latinos habían colocado como lema del quehacer dramático el famoso *corrigo ridendo mores*, corregir las costumbres con la risa. No me parece errado buscar por este camino el para qué del arte de las cosas. Las reflexiones que se hacen a continuación se refieren primordialmente al movimiento latinoamericano, en el que no es casual su entronque con el adagio latino. Como dije al comienzo, el *pop art* más que criticar el objeto busca apoderarse de él, sin por ello descartar el elemento crítico. Y si el propósito de estos artistas hemos de encontrarlo en su afán de corregir las *mores*, el por qué estará sin duda en el hecho de que nuestras *mores* precisan corrección. Es curioso que un movimiento artístico capaz de provocar tanto escándalo como éste, sobre todo entre las gentes respetables, sea tan luego un arte que nace con preocupaciones moralizadoras donde la forma está puesta al servicio de la expresión. En tal sentido es un arte netamente expresionista.

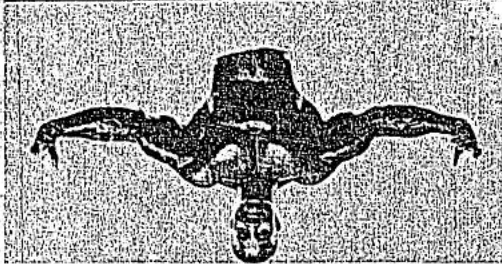
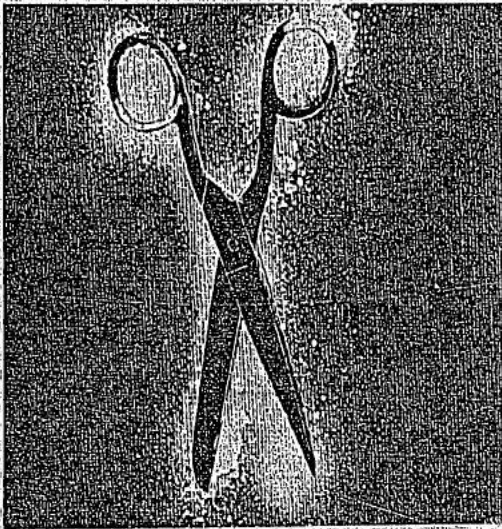
No deja de ser paradójico que estos nuevos representantes visuales de la vieja preocupación latina sean tenidos las más de las veces por elementos disolventes, y a menudo perseguidos como tales. No hay duda que en lo que respecta a las viejas conciencias placenteramente anquilosadas dentro de estructuras y aún instituciones

desvitalizadas, este movimiento tiene carácter revolucionario. Tan sólo que, como bien dijera el gran pensador político español Donoso Cortés, "las instituciones no son sino la materialización de las añoranzas y de las convicciones de los hombres", y no es extraño que cuando las convicciones flaquean esas mismas instituciones, surgidas en épocas de fe, se tornen huecas y destructibles.

Un sano principio de la economía espiritual es que solamente se destruye lo que se puede destruir. En tal sentido los movimientos de este tipo están llamados a revitalizar lo que de veras responda a las necesidades intrínsecas del ser. La sociedad contemporánea está poblada de fantasmas que juzgo saludable disipar. No me preocupa si entre esos fantasmas algunos lo son aparentemente, pues en tal medida ninguna burla podrá disponer de lo que tenga verdadera espina dorsal.

El arte de las cosas es un arte de protesta. Tiene lo positivo y lo precario de todas las protestas. Los mismos elementos que a menudo utiliza, hablan de su precariedad, sólo que esta precariedad es consistente con su propósito. No es preocupación de quien utiliza una pica para desmoronar una pared el grado de perduración de la pica; en otra etapa al arte tocará preocuparse para que la nueva pared sea más sólida, más digna de perduración.

Estamos cansados de oír que la nuestra es una etapa de crisis y en verdad que lo es, que el hombre contemporáneo está alienado en un sinnúmero de exterioridades a veces las más aparentemente respetables. El *confort* es un



Estatua retráctil, por Carlos Squirru, de Argentina, 1963

desiderátum del hombre civilizado, pero siempre y cuando se lo entienda como un medio y no como un fin. Es bueno tener heladera, automóvil y cerebros electrónicos que computan cifras. Es bueno tener máquinas, pero no para vivir al servicio de ellas, sino para utilizarlas en servicio de aquello que hace que un hombre sea un hombre: la vida espiritual. La familia es una institución maravillosa; siempre y cuando se la entienda como el ámbito donde se gesta el amor, que es un sentimiento, y que como tal exige la vida de sus integrantes. De lo contrario, puede también transformarse en alienación, en letra, en muerte; y así con todas y cada una de las instituciones que nos rodean. Las más nobles, las más deseables, se tornan indeseables cuando quitan al ser de su centro de gravedad, cuando le alejan del propio espíritu.

La Biblia no se cansa de traernos lecciones simbólicas de lo que digo. La historia de Abraham a quien Jehová solicita sacrificar a su propio hijo cuando el hijo significa un desorden en la jerarquía de las lealtades: "No tendrás otro Dios antes que a mí." Las exigencias del Dios espiritual son supremas y están por encima de todo lo demás. No admiten otra lealtad por encima del espíritu mismo. El espíritu es el fin y todo lo demás debe entenderse como un medio.

Rebelión amorosa contra las cosas

El arte de las cosas, en su sátira punzante hacia las cosas, es un grito de rebelión contra las cosas. En tal sentido es un grito purificador, romántico en el buen sentido de la palabra. Negar lo negativo no es negar; es más bien una forma indirecta de afirmar lo positivo. Si el arte de las cosas duele es quizás porque estamos demasiado apegados a ellas y nos duele esta separación, esta

Sandwich, por Claes Oldenburg, de los EE.UU. Colección del artista



denuncia. El artista de todas las épocas ha tenido la misión de recordar a la comunidad el valor supremo de la vida espiritual. Menos que eso, ya no es arte, es juego malabar para entretenimiento de los ociosos. La estética divorciada de la moral nunca ha dado obras perdurables. La dimensión de la belleza exige la integración con las más altas jerarquías de la ética y de la verdad. Lo bello es categoría por encima de lo bonito, en el arte y en la vida. Decimos mujer bonita cuando queremos significar algo placentero carente de esa profundidad que se hace expresión en la fisonomía que revela ideales superiores. Cuando esa profundidad se hace presente, hablamos de belleza, una dimensión trascendente que nos comunica con algo más allá del mundo de la materia. Lo mismo acontece con el arte, que bien puede violentar las normas de una armonía natural cuando pretende alcanzar un orden metafísico.

Si en esta búsqueda y en esta lucha las filas del arte expresionista de las cosas dan cabida a quienes ausentes de autenticidad procuran mezclarse por razones no santas en su afán de estar *à la page*, esto no es culpa del movimiento y en todas las épocas han existido y existirán los imitadores, los que hacen academia de la revolución. Hasta el Quijote, el clásico de los clásicos castellanos, tuvo su plagiarlo en vida. Importante episodio que no debemos olvidar. Toca a la autenticidad de cada cual reconocer la autenticidad de los demás y para el crítico de arte es el reto permanente de su labor separar lo verdadero de lo falso, lo auténtico del disfraz. Si la tarea del hombre en su más alto nivel consiste en conocerse a sí mismo, no es otra la de, a través de sí mismo, conocer a los demás.

Porque sé y porque siento el mensaje profundo que emana de algunos de los más destacados artistas de nuestro tiempo a través del arte de las cosas, es que lo considero en toda la seriedad que merece, aún cuando esta seriedad suponga en los más de los casos terminar en la estruendosa carcajada que emana de estas realizaciones.

Como epílogo de las ideas que acabo de bosquejar, leo en una revista norteamericana el revuelo provocado en Mississippi por la obra de un joven pintor quien, según nos informan, pretende expresar la violencia de la última crisis integracionista en ese lugar. No entro a juzgar el mérito estético de una obra que desconozco, pero sí quiero destacar el significado de esta actitud militante frente a problemas humanos a través de imágenes visuales que adoptan el estilo seguido por el movimiento *pop* en los Estados Unidos. Esta noticia de último momento viene a corroborar mi afirmación en torno a la preocupación ética que anima a muchos de estos artistas en cualquier país. Cada cual juzgará según su inteligencia el grado de acierto de las diferentes posiciones adoptadas, pero el hecho incontestable es que la preocupación moral existe y que sus voceros están dispuestos a enfrentarse, cuando las circunstancias lo exigen, toda clase de contratiempos con tal de ventilar sus críticas a las estructuras existentes.

No tomar en serio, pues, al arte de las cosas supone desintegrarse de uno de los procesos más vitales de nuestra época. ☞



Objeto hecho de piezas ortopédicas, por Delia Puzzovio, de Argentina, 1963

Lata grande de sopa descascarándose, óleo por Andy Warhol, presentado en la exposición "La Imagen Popular", Galería de Arte Moderno, Washington. Colección del Sr. Robert C. Scull y señora

